

LA IGLESIA PERSEGUIDA

¿Hemos reflexionado suficientemente en todo el tremendo contenido de la hora que nos ha tocado vivir? Y, sobre todo, ¿hemos sentido como convenía esa inmensa solidaridad que nos une a nuestros hermanos perseguidos? Creemos que no. Quienes nos estremecemos, en tiempos de vida sosegada para la Iglesia, por la noticia de cualquier episodio un tanto significativo, pero aislado, que nos llegaba de aquí o allá, nos estamos dejando conculcar por la frialdad y la indiferencia al trocarse en habitual lo que antaño era inusitado. Somos así. Y el título de este editorial se ha hecho ya rótulo de una sección que rara vez falta en nuestras revistas católicas. Sección que, triste es tener que reconocerlo, más de una vez nos hemos limitado a mirar un poco por encima, como si ya empezase a fastidiarnos la triste monotonía de sus siempre similares noticias.

Por eso este número quiere ser, antes que nada, un aldabonazo, todo lo recio y fuerte que nuestras posibilidades permiten, en la conciencia de nuestros lectores. Hacerles reflexionar. Hacerles caer en cuenta de que hoy mismo, en el mismo día en que ellos le an tranquilamente este número, estarán ocurriendo, y aun siendo superadas, aquellas cosas que hacían vibrar sus corazones cuando las leían en las actas de los mártires. Y, sobre todo, invitarles a examinar su conciencia. A preguntarse hasta qué punto estamos a la altura de la hora trascendental e inmensa que nos ha tocado vivir y a la altura del heroísmo callado, emocionante, asombroso, de nuestros hermanos, que, sin el consuelo de saberse asistidos por todos, tras el secreto impenetrable del "telón de acero", lo están dando todo, mientras nosotros regateamos aquello poco que se nos pide.

Aldabonazo es poco. Quisiéramos que este número fuese mensaje de solidaridad. Manifestación de nuestra hondísima fe en ese dogma de nuestra inserción en el Cuerpo místico de Jesucristo. Que les dijese, si por ventura a alguno de ellos llegasen estas páginas, que estamos con ellos y que sus dolores son nuestros. Estar con ellos es poco. Estamos con el Señor. ¡Es su Esposa la ultrajada!

Suba de nuestros labios humilde, pero intensa y confiada, la plegaria. Digámoselo con intenso fervor: Cese ya, Señor, la prueba. Compadécete de tantas cristiandades durante siglos florecientes y hoy dispersas. Reanima a los que vacilan. Sostén a los débiles. Ayuda a los perseguidos. Haz que de nuevo vuelva a brillar sobre tu Iglesia santa el arco iris de la paz.

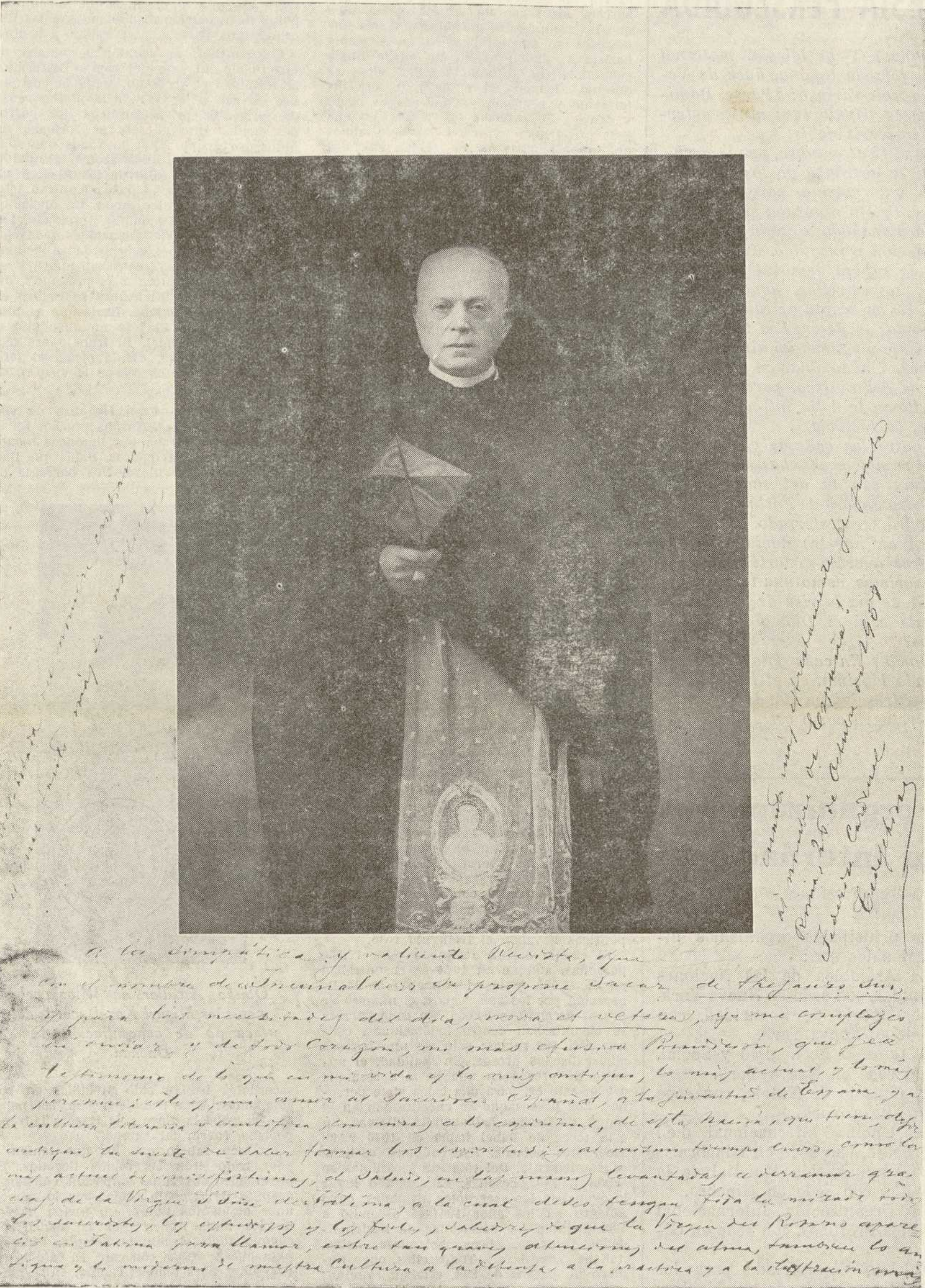
Pero para que nuestra oración sea eficaz, sepamos hacernos dignos de ella. Cesen ya las pequeñas, cesen las discordias, cesen las ruindades. Es tremendo pensar que está ardiendo el mundo, que está en peligro lo mejor de nuestra civilización, que está rugiendo el enemigo cabe a las mismas puertas del santuario y que, mientras tanto, seguimos obstinados en fomentarlo nuestro egoísmo, en ruinas disputas domésticas, en estériles manifestaciones de amor propio. "No es ésta la hora—diríamos con la Santa—de andarse con niñerías. Esto nos propusimos al planear este número. Dignese el Señor bendecir y, al par que lleva algún consuelo a nuestros hermanos perseguidos, avivar más y más la llama del celo y del espíritu sacerdotal en aquellos que, viviendo en la paz, aspiramos a ser menos indignos de ellos.

INCUNABLE

incunable

Colegios Mayores de la Universidad Pontificia de Salamanca

Núm. 35 - Noviembre-Diciembre 1954 - Redacción: San Pablo, 17 - Administración: Compañía, 3 - Apartado 116
PRECIO DE SUSCRIPCION: 15 PESETAS DE ESTE EXTRAORDINARIO: 8 PESETAS



"A la simpática y valiente Revista, que con el nombre de "INCUNABLE" se propone sacar de thesauro suo, y para las necesidades del día, nova et vetera, yo me complazco en enviar, y de todo corazón, mi más efusiva bendición, que sea testimonio de lo que en mi vida es lo más antiguo, lo más actual, y lo más perenne: esto es, mi amor al sacerdocio español, a la juventud de España y a la cultura literaria y científica, con miras a lo espiritual, de esta Nación, que tiene de por antiguo la suerte de saber formar los espíritus; y al mismo tiempo envío, como la más actual de mis fortunas, el saludo, en las manos levantadas a derramar gracias, de la Virgen Santísima de Fátima, en la cual deseo tengan fija la mirada todos los sacerdotes, los estudiosos y los fieles, sabedores de que la Virgen del Rosario apareció en Fátima para llamar, entre tan graves atenciones del alma, también lo antiguo y lo moderno de nuestra cultura a la defensa, a la práctica y a la ilustración más adelantada del nombre cristiano, al cual tanto más se ennoblece, cuanto más estrechamente se junta al nombre de España."

Roma, 26 de octubre de 1954.

FEDERICO CARDENAL TEDESCHINI.

En nuestras páginas centrales: Declaraciones del Cardenal Tedeschini, a su regreso de Fátima: "El mensaje de Fátima, esperanza entre las tinieblas"

EL OBISPO DE YOKOHAMA HABLA PARA "INCUNABLE"



Notemos que Monseñor Tomás Wakida, que cuando hizo estas declaraciones era aún Obispo residencial de Yokohama, ha dejado de

serlo para dedicarse de lleno a la predicación y permitir que manos más juveniles tomen las riendas de su Diócesis. Este hecho, ejemplar en sí, antes avalora que resta interés a las declaraciones que entonces nos hizo.

Al tercer asalto a su regia morada, residencia veraniega que fué en un tiempo de un hermano del Emperador, conseguí hablar con Monseñor Tomás Wakida, mi Obispo en Yokohama.

Yo sabía que en estos asuntos de Iglesia perseguida es un espanto. En sus cuarenta años de párroco en Nagasaki, en sus estudios pastorales y, sobre todo, en las cicatrices de golpes asestados a sus Padres en la última persecución del Japón, el señor Obispo había aprendido muchas cosas.

Es un viejecito simpático, de buen apetito y de baño diario... y confesión más que semanal, fervorosísimo.

En España, ¿los Obispos tienen tiempo? —me pregunta.

El lleva pocos años de Obispo, y siempre está hablando de dejar la mitra. Son siete millones de fieles y sólo un puñado de sacerdotes, inexpertos aún, para siete mil seiscientos treinta católicos y treinta y cuatro iglesias.

"Ya sabes que me encuentro solo; aquí no hay canónigos..., me ayudan sólo dos seminaristas.

En vez de escribir sobre persecuciones, vosotros, los sacerdotes españoles, deberíais haberlas evitado en vuestro país. ¿No sois todos católicos? ¿Cómo habéis dejado que se educase mal tanta gente?

En Yokosuka, donde vives, no podían entrar ni siquiera los católicos durante la última guerra europea; ¿quieres más persecución? Pero el Japón era un ignorante. Yo he tratado íntimamente a la familia del Emperador y a otros grandes perseguidores, y hoy te puedo decir que están muy cerca de la FE, más que muchos de vuestros católicos.

La primera persecución de 1596, que el viernes 5 de febrero dió los primeros mártires al Japón (existe la carta en que San Pedro Bautista cuenta su último viaje por la tierra), ofreció a su ejecutor, el Shogun Taiko, alguna disculpa patriótica en su comienzo; pero sus víctimas, muchas de ellas ilustres entre los japoneses, como Justo Ukendono, Jefe de la Guardia Imperial, y Engracia, esposa del Jefe de Tango, le descubren como anti-religioso.

La cruel persecución de 1613 a 1622 fué modelo en su género, y de sobra sabes que quedaron exterminados los sacerdotes. Sólo un milagro continuo sostuvo a esos miles de fieles, entre los que estaba mi padre. También hay en Nagasaki muchos que en sus cultos budistas, siempre con fórmulas ininteligibles, en vez de rezar la salmodia india repiten inadvertidamente palabras católicas y rezos en un castellano irreconocible para los mismos misioneros españoles que por allí han ido.

Por cierto que ya podía ser más generosa la católica España en mandar misioneros. Es para mí mi mayor gloria que mi padre presente en sus manos huellas de la Cruz de Cristo. Vamos ahora tan de prisa en el Japón, que hasta nosotros podemos olvidar que seguimos a Dios crucificado."

R. M.